

Los monasterios como fuente protectora y propulsora del desarrollo

Por Macarena Flores R.*

A menudo al hablar de la Edad Media, dejando de lado aquella concepción de época oscura, se piensa en un proceso de decadencia de la cultura clásica greco-romana. Si bien ya no se concibe al Medioevo como aquellos diez siglos de oscurantismo, se compara con los progresos de los griegos y romanos y su imposibilidad de continuarlos, y el resultado de este proceso llevó al estancamiento del imperio dando origen al nacimiento de una sociedad rural. Aunque, efectivamente, se pueda establecer un quiebre en la continuidad histórica, hablar taxativamente de decadencia es algo arriesgado, incluso erróneo: *“¡más de mil años de supervivencia es algo que no concuerda con la idea de una decadencia de alguna manera indefinidamente prolongada!”*[1]. La Edad Media, como lo sugiere Marrou, en vez de ser un periodo de decadencia, es más bien uno en el cual la concepción de la vida cambia, la hermenéutica de la sociedad es distinta a la interpretación clásica del desarrollo de ésta, y es aquí donde cobra gran importancia el cristianismo, centro fundamental de la sociedad medieval. Conforme a esta nueva hermenéutica, el desarrollo de la Iglesia se ve acrecentado, puesto que posee gran cantidad de tierras y la sociedad es inminentemente rural, el dominio de ésta le da un prestigio. Pero este prestigio económico no es el único, y probablemente, no sea el de mayor relevancia en la influencia del cristianismo para la trascendencia en la conservación cultural, ya que hubo órdenes que renegaron del lujo económico y de vidas

suntuosas, como es el caso de algunos monasterios. Lo cierto es que fueron éstos los que se preocuparon de mantener bibliotecas, labrar las tierras y educar y prestar servicio a la población, todo, con gran disciplina. Es en esto donde hemos de centrarnos, en los monasterios como base esencial de la conservación y trascendencia de la cultura clásica y la formación de nuevos aspectos culturales, ya que es evidente que esta sociedad cambia y genera nuevas concepciones culturales, producto del dinamismo de esta misma.

El fin de potenciar y dar relevancia a la institución del monacato es demostrar que éstos contribuyeron en gran medida al desarrollo holístico de la sociedad y a pesar de que, lamentablemente, fracasaron en su proyecto “político”, es decir, en formar un nuevo sistema gubernamental y aunque actualmente no posean la importancia de hace ocho siglos, fueron fundamentales para el progreso comprendido en el posterior florecimiento de la Baja Edad Media, y en los más diversos aspectos en la ulterior Europa, incluso hasta la actualidad en la cultura occidental.

Sabemos que el trabajo es parte importante de estas instituciones, para que no exista tiempo de ociosidad que se la considera como “*enemiga del alma*” [2]. Entre las tareas que cumplían, una de ellas, que fue de gran relevancia, es la agricultura. Menester es recordar que con la caída del imperio, a su vez cae la urbanidad, y su consecuencia inevitable es el “*retroceso de las superficies cultivadas y su conquista espontánea por parte del bosque*” [3]. Para recuperar las tierras cultivables y poderse emplear o también para obtener un predio y trabajarla en beneficio propio o de una comunidad pequeña, “*la Iglesia tuvo un papel capital en la transformación de las tierras*” [4]⁴, más específicamente, los monasterios, que lograron grandes avances en el trabajo de las técnicas de la agricultura y ganadería. Sin duda este progreso en el saber no es atribuible sólo a la perspicacia de los monjes, sino más bien puede

encontrarse en las mismas recopilaciones de manuscritos y su investigación por parte de ellos, llevando a la práctica varios métodos encontrados acerca de roturaciones, nuevos sistemas de enganche y un calendario organizado según el desarrollo del cultivo[5]. Resulta manifiesto que esta evolución conlleva a una mejora en la producción agrícola y en el abastecimiento de la alimentación, más aún si tomamos en cuenta que estos conocimientos no fueron acaparados exclusivamente por ellos, sino que fueron difundidos al campesinado de forma paulatina y muchas veces indirecta, debido a que muchos campos fueron anexados a la propiedad monástica, aunque no siempre ejercieron como “Señores” en ellos: *“Entre las tierras que les ofrecían, algunas tenían estatuto de feudo; familias campesinas las explotaban a cambio de servicios y del pago del canon. Los cistercienses se negaron, pese a ello, a convertirse en señores”*[6].

Estas mejoras en las técnicas agrónomas será uno de los factores que formará parte luego en el florecimiento de la Baja Edad Media, favoreciendo el crecimiento de un comercio debido al excedente de la producción rural, lo cual también hará que se desarrolle con mayor fuerza los sectores urbanos. Pero los monasterios también tienen mucho que ver con el comercio que se empieza a instalar durante la Alta Edad Media, evidente luego del orden y tranquilidad que se ha establecido post invasiones bárbaras. El hecho de que los monasterios intentaran evitar transformarse en señoríos no quiere decir que lo hayan logrado. En un mundo en el cual la propiedad de la tierra posee el papel principal en el poder, que se divide entre los siervos y los señores, era inevitable que la Iglesia en conjunto con sus monasterios terminaran en este tipo de configuración: *“Ésta posee, a la vez que ascendiente económico, ascendiente moral. Sus innumerables dominios son tan superiores a los de la nobleza por su extensión como ella misma es superior a la nobleza por instrucción. Además, sólo ella puede disponer, merced a las oblaciones de los fieles y a las*

limosnas de los peregrinos, de una fortuna monetaria que le permite, en tiempo de hambre, prestar su dinero a los laicos necesitados”[7]. Detentadores de una gran extensión de tierras, los monasterios estaban destinados a cumplir un rol fundamental, tanto en las relaciones económicas como en el poder de la Iglesia en general: *“La Iglesia, pues, no fue sólo la gran autoridad moral de aquel tiempo, sino también un gran poder financiero”*[8].

Los monacatos resaltan entre otros oficios clericales debido a que su gran disciplina les permite ejercer todo tipo de tareas de forma muy cabal, sin dejar de lado una continua interpretación de la vida a la luz de la religión, *“Dan a sus miembros y a sus huéspedes una educación dogmática y moral muy superior a aquélla de la que se beneficia normalmente el clero secular”*[9]. Es por eso que vemos que los monasterios han cumplido diversas funciones, a veces sin siquiera proponérselo, y forman una parte fundamental en el manejo que tiene la Iglesia durante esta época, ya que los monasterios son los que están a un muy alto nivel en conocimientos, pero que a la vez viven una vida simple y laboriosa, lo cual es vivir según las virtudes evangélicas *“ejemplo de una vida íntegramente cristiana”*[10]. No deja de constituir un plus a la buena imagen por parte de los habitantes de las regiones cercanas, provocando a la vez que se multipliquen durante la Alta Edad Media (además de ser un útil y conveniente instrumento para la Iglesia de evangelizar en terreno, cristianizar y tener resguardados sus intereses más importantes, como ejercer influencia en el reinado más cercano). Los monasterios cumplen un rol fundamental en la sociedad medieval.

En el aspecto político también ejercen una fuerte influencia, poseen el saber mínimo necesario para desarrollarse en esta actividad y otras, por lo cual son requeridos para cumplir ciertos oficios: *“En fin, en una sociedad que ha vuelto a caer en una ignorancia general, sólo ella posee aún estos dos instrumentos indispensables a toda*

cultura: la lectura y la escritura, y los príncipes y los reyes deben reclutar forzosamente en el clero a sus cancilleres, a sus secretarios, a sus notarios, en una palabra, a todo el docto personal del que les es imposible prescindir. Del siglo IX al XI, toda la alta administración quedó, de hecho, entre sus manos”[11]. Si bien podemos decir que esta afirmación es más general en los términos de hablar del clero, no debemos dejar de lado que la formación de estos “dos instrumentos” se da en su mayoría dentro de los monasterios, donde como ya lo mencionábamos, se instruyen a sus miembros en la lectura y la caligrafía, entre otros conocimientos, y que serán de gran utilidad para los diversos roles que cumplen los monjes y el clero en general; porque el saber está concentrado mayoritariamente en las bibliotecas de los monasterios, y la tarea de transcribir magnas obras es realizada en aquel lugar *“Porque la cultura es realmente casi un monopolio de la Iglesia. No existe apenas fuera de las comunidades canónicas y sobre todo monásticas...Únicamente en ellas o casi únicamente, se aprende, se enseña, se copia y se compone”*[12].

También podemos observar otro aspecto en los rasgos políticos, y es que los monasterios deseaban crear un nuevo sistema de orden social, basado principalmente en que todos debían trabajar laboriosamente por igual en diversas actividades. De ahí que el día dentro de los monasterios estuviera estrictamente regularizado por una cantidad de horas en las cuales todos debían participar de igual forma en actividades de oración, lectura, estudio, labrar la tierra, transcripción, entre otras; trabajo por el bien común dejando de lado el beneficio personal. Este orden era contrario al impuesto por los señoríos, ejemplos de una sociedad bastante y claramente jerarquizada, pero como ya fue mencionado *“Sin tomar conciencia de ello, los monjes estaban en trance de convertirse en lo que los fundadores de la orden les habían prohibido a ser nunca: señores. No se privaban de los beneficios de la señoría”*[13]. Y los beneficios que obtuvieron de sus labores, fueron

variados, en el plano de la agricultura y de la economía en general como ya fue indicado; lo cual a largo plazo resultó ser lo que terminó desacreditando a la mayoría de los monasterios, debido a que la expansión económica no cesaba y las órdenes monásticas sacaban gran provecho de éste, por lo cual con el tiempo fue difícil seguir los propósitos de pobreza y humildad[14]. Si bien este embellecimiento que padecen los monasterios debido a sus ingresos contribuyó al posterior florecimiento cultural y económico que se da en la Baja Edad Media, también son una infección para los principios monásticos. De una u otra forma, terminaron fomentando el orden social establecido por una clara jerarquización (que traspasa el orden puramente clerical), un régimen de servidumbre. Además, podemos agregar que estas labores, sobre todos los manuales, también contribuyeron a una concepción espiritual de ellas, ya que mediante la realización de éstas se purificaba el cuerpo y el alma; y también fomentaban el trabajo por el bien común, lo cual renacerá también en la época del florecimiento de la Baja Edad Media en la composición de grupos gremiales y el municipio, que también trabajaba por la vida en común y de servir a Dios[15].

Todos los aspectos que hemos analizado hasta ahora contribuyeron en gran medida a la formación múltiple de la sociedad medieval occidental. Pero de los aportes más grandes hechos por los monasterios, y de mayor importancia, que trascenderá el tiempo hasta los días de hoy, es el de conformar centros de investigación y recopilación del saber. La tarea de copistas es algo habitual y frecuente en las órdenes monásticas, resulta ser una de las tareas que se realizan durante el día: *“Sin salir de su celda, a una larga distancia, desde el lugar en que está sentado, el copista visita las provincias lejanas; se lee su libro en la casa de Dios; las multitudes le escuchan y aprenden a amar la virtud. ¡Oh, espectáculo glorioso! La caña partida vuela sobre el pergamino, dejando la huella de las palabras celestes, como para*

reparar la injuria de aquella otra caña que hirió la cabeza del señor”[16]. Con seguridad esta tarea fue de gran magnitud para la evangelización y cristianización de la población, debido a que las copias de los textos sagrados escaseaban para la época y no todos los sacerdotes tuvieron acceso a ellas para officiar las liturgias; el trabajo de los copistas resulta de real importancia en la difusión de los aquellos textos para llegar a diferentes regiones de la Europa Occidental, sin los cuales hubiese sido mucho más frágil las bases del cristianismo tan preponderante en esta época de la historia.

Más estas labores que desarrollaban los monjes, también fueron requeridas para otros aspectos de la vida medieval; el manejo de ellas por parte de los religiosos fue predominante para el ámbito cultural: *“No hay duda de que las ciudades episcopales, en teoría, fueron también centros del saber, y más que los monasterios, fue el obispo el directo responsable de llevara a cabo el programa de la educación cristiana...Además, la influencia personal del gobernante dio lugar a que la corte y la escuela del palacio llegaran a ser centros de actividad intelectual y liderazgo cultural. Pero en ambos casos la realización de estas actividades se debió a los monjes, los cuales fueron prominentes tanto en las ciudades episcopales como en las cortes de los reyes anglosajones, carolingios y germanos”*[17].

Pero más allá de esto, encontramos que a consideración propia y de otros autores, la tarea más monumental de los monasterios y que será su mayor patrimonio es la transcripción y recopilación del saber greco- romano y la cultura clásica en general. Difícil resulta pensar en cómo se hubiera dado el florecimiento cultural de la Baja Edad Media sin tener la colección de los clásicos por parte de los copistas. Sin éstos el estudio de los clásicos que caracterizan tanto al siglo XI y XII, donde se da el *“revolucionario cambio de pensamiento por el cual la filosofía medieval asimiló los principios éticos y sociológicos de Aristóteles y los integró en la estructura del*

pensamiento cristiano”[18]. Es así como el brote de nuevas corrientes de pensamiento, el desarrollo de diversos estudios y ciencias, la asimilación de conocimientos que parecen contradictorios, el nacimiento incluso de la Universidad, son sólo la cosecha de siglos de minucioso trabajo por parte de los monjes apegados a las reglas. A esto también se le suma la docilidad y rigor con la cual se realizan estas tareas del monje, *“La ciencia moderna no habría podido llegar a existir si la mente occidental no hubiera estado preparada por siglos de disciplina intelectual para aceptar la racionalidad del universo y el poder de la inteligencia humana para investigar el orden de la naturaleza”*[19].

Se puede objetar que la mayoría de estos textos provienen del Oriente, y por lo tanto no resulta en nada relevante la tarea del monje, pero se estaría negando la labor fundamental que implica la traducción (con la colaboración de árabes y judíos), la transcripción y la conservación de los textos; ejemplo de esto resulta un monje de Monte Cassino que inició el trabajo de traducción y que luego sería lugar de encuentro de las corrientes griega, árabe y judía, aunque se reconoce que *“fue en España en donde se llevó a cabo el trabajo principal de traducción”*[20], por razones evidentes de la cercanía de culturas.

Resulta ser un legado, un patrimonio, tanto para la época medieval como para las subsiguientes: *“No hay duda de que, en realidad, la creación de las universidades, igual que la organización de las nuevas órdenes religiosas, formó parte de un designio de largo alcance para la organización de la civilización cristiana...lo cual es uno de los más notables ejemplos de planeación cultural a vasta escala que haya visto la historia”*[21], y del cual los monasterios desarrollan un papel fundamental.

Para finalizar, podemos decir que por todo lo mencionado anteriormente, la labor realizada por los monasterios no fue algo superfluo, sin trascendencia ni de esfuerzo mínimo, todo lo contrario, fue un trabajo complejo, que sentó las bases del

ulterior renacimiento, tanto urbano como cultural, y por ende de gran relevancia. Probablemente el desarrollo holístico de la sociedad medieval se hubiese realizado de todas formas, conforme al avance histórico y a las necesidades propias de las condiciones histórico-sociales; sin embargo, este proceso hubiese sido mucho más prolongado de lo que fue, la actividad realizada por los hombres de los monasterios en muchos casos fueron necesarias, por ejemplo, su labor fue imprescindible en la celebración de actos solemnes, ya fuera por bendiciones, ya fuera por ser los únicos aptos para redactar documentos o, en su caso, leerlos.

La reflexión que debemos hacer con respecto a la relevancia en la labor cometida por los monasterios en el Medievo no se centra simplemente en si sus actos fueron impulsores no del proceso de cambio social, sino más bien, en la trascendencia de sus reflexiones incluso hasta nuestros días. Muchos siglos nos separan de aquellos tiempos en los cuales se comenzaba a anidar la ciudad burguesa, sin embargo muchas veces al mirar al pasado vemos al hombre de la Edad Media, a diferencia del griego o romano clásico, desde una perspectiva peyorativa, ¿es acaso esto correcto? ¿Somos más sabios que aquellos hombres de los monasterios?

La labor realizada por los monasterios en el ámbito del trabajo intelectual de siglos previos y de ellos mismos, su disciplina y espiritualidad, es algo que debemos agradecer y que se hizo perdurar, *“Pero podemos ir un poco más allá y ver en la disciplina escolástica medieval uno de los principales factores que han diferenciado la civilización europea de las grandes culturas-religión de Oriente”*[22]. La Edad Media habrá finalizado, pero su esencia está en muchas más cosas de las que imaginamos, no sólo en las bibliotecas y en los libros, sino en el vivir cotidiano.

* Macarena Flores R. es estudiante de Licenciatura en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

[1] Marrou, H., *¿Decadencia Romana o Antigüedad Tardía?*, Ed. Rialp, Madrid, 1era edición al español, 1980, p. 133

[2] Saint Bernard, "Regla de San Benito". En <http://jmarin.jimdo.com/fuentes-y-documentos/monacato/>, miércoles 22 de Junio del 2011

[3] *Ibíd.*, p. 152

[4] Fossier, R., *La Infancia de Europa*, Ed. Labor, Barcelona, 1984, p. 57

[5] Le Goff, J., *La civilización del occidente medieval*, Ed. Paidós, Barcelona, 1999, p. 53

[6] Duby, G., *San Bernardo y el Arte cisterciense*, Ed. Taurus, Madrid, 1981, p. 95

[7] Pirenne, H., *Historia social y económica de la Edad Media*, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 1987, p. 16

[8] *Ibíd.*, p. 17

[9] Genicot, L., *El espíritu de la Edad Media*, Ed. Noguer, España, 1990, p. 78

[10] *Ibíd.*, p. 84

[11] Pirenne, *Op.cit.*, p. 16

[12] Genicot, *Op.cit.*, p. 86

[13] *Ibíd.*, p. 141

[14] *Ibíd.*, p. 140

[15] Dawson, C., *Historia de la Cultura Cristiana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 329

[16] Casiodoro, "Casiodoro y la cultura en el monasterio de Vivarium" (c.545), <http://jmarin.jimdo.com/fuentes-y-documentos/monacato/casiodoro-y-la-cultura-en-el-monasterio-de-vivarium-c-545/>, miércoles 22 de Junio del 2011.

[17] Dawson, *Op.cit*, p. 343

[18] *Ibíd.*, p. 335

[19] *Ibíd.*, p. 354

[20] *Ibíd.*, p. 356

[21] *Ibíd.*, p. 363

[22] *Ibíd.*, p. 354

Para citar este artículo:

Flores R., Macarena, "Los monasterios como fuente protectora y propulsora del desarrollo", *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, ISSN 0718-7246, vol. 1, Santiago, 2011, pp.46-56